

cian: Madre estos son grandes pecados, que vayan con sus Curas. La Prelada derretida en charidad respondia: cómo hemos de dexar desconsolados à estos pobrecitos? No hija, qué harémos? y procuraba en todo lo posible encaminarlos. Vino uno, y le comunicò un arraygado odio, y encono con que vivia con una persona, sin que por ruegos, ni por averse interpuesto personas de suposición, se huviesse podido fosegar su corazon, ni salir de aquella enemistad. Comenzò la Madre Priora à hablarle con tal suavidad, y dulzura; con tanta eficacia, y energia, razones no solo solidas, claras, y poderosas; sino muy penetrantes, y expressivas, de modo que enternecido su corazon, casi con las lagrimas en los ojos, le prometì, y diò palabra de ir luego à ver à la persona, como lo executò, aviniendose à todo, y quedando los dos en una verdadera amistad, y buena correspondencia. Estos, y semejantes casos eran tan frequentes, que yà ni fuerza, ni reparo les causaba à las religiosas, que lo sabian: y era lo mas admirable, que con una sencillez, llaneza, y lisura, les solia decir algunas cosas de estas, quando le sucedian, à la Tornera, ò alguna otra que encontraba, como si fuera una cosa comun, ordinaria, y de ningun momento. Pero què mucho, si refiriendo à su Confessor en estos ultimos años, que el Prelado las avia exortado, sobre que tuvieran cuidado, de que en las cosas espirituales no se les escondiera alguna vanidad, ò soberbia. Le contestò el Padre en que si era necessaria esta cautela. Causòle esto mucha admiración, y le hizo grande fuerza, assegurandole, que del mismo trato, y comunicacion estrecha con Dios; le nacia un clarissimo conocimiento de su vajeza, y que nada era; con esto le parecia muy dificil, ò imposible, el dexar de estar siempre muy humillada. Verdadera imitadora de S. Ignacio de Loyola, que decia ser la vanidad el enemigo que menos temia. CA-

CAPITULO XVI.

Referense otros casos, que le sucedieron.

Bien sabido es, que en la ordenada republica de las Avejas, la que nace para Reyna, carece del aguijon, con que las otras se defienden, y vengán sus ofensas. No por esto es menos arreglado el gobierno, ni se quedan sin el merecido castigo las omissas, ò menos obedientes en la fabrica del panal, y en el laborio de la miel. Todo el gobierno de la Madre Priora Maria Anna de San Ignacio, fue un panal de suavidad dulcissima, y dulzura muy suave. Era una Avejita laboriosa elegida muchas vezes por Superiora de todas, y con esto sin el aguijon del sobre cejo enfadoso, de la dominante soberania, ni del tyrano rigor. No le faltaba por esto la Justicia, pero enlazada amigablemente con la paz. Ni la rectitud, unida sí en estrechez con la misericordia. Todo el tiempo de su Prelacia exortaba en comun, y en particular à las Religiosas con quantas veras pudo, y con unos fervores de Santa, à el cumplimiento de sus obligaciones, y votos, haciendo à este assunto tales platicas en Capitulo, que parecia una Doctora Mistica, como lo fue la insigne Española, y gloriosissima Santa Theresa. Haciale tambien sobre la humildad, amor à la Sacratissima Passion, y à MARIA Santissima. Sobre el cuidado, esmero, y atencion en el Oficio Divino. Sobre la Oracion mental, y vocal; sobre el silencio interior, y exterior, sobre la modestia, y principalissimamente sobre la union, y charidad fraterna, rogando encarecidamente, que ni con palabras, ni con estylos, ni modos, se lastimaran unas à otras. Manifestaba bien el amor, que à cada una tenia; TOM. I. Q. pues

pues tan perfectas, y Santas las queria à todas. Lo mismo hacia quando entraban, tomaban el Abito, y Professaban, con tanto espiritu, que cada una de la Comunidad queria professar de nuevo, al oír quan altamente hablaba del estado Religioso, y del ser Esposas de Jesu-Christo. Les ponía á la vista las ataduras de los votos, la guarda de las Leyes, la aspereza de la vida, y que todo avia de durar hasta la muerte. Mas como al mismo tiempo les hacia parente quanto debian à Dios, encendia en todas un grandissimo fervor participado por las palabras de aquel, en que ella ardia, y aun por esto decia una Religiosa: „ Son ardientes las palabras de nuestra Madre, „ diciendolas con tanta amabilidad.

Veíanla despues echar mano de la escoba, como qualquiera; cargar trastes como todas; y si se los querian quitar de las manos, no hijas, decia, bien puedo, puedo; tengo fuerzas. Veíanla agradecer quanto le hacian, como si no le fuera muy debido. Con esto à dos manos, con la palabra, y con la obra las animaba: pero con tal prudencia, que les solia decir, yo no les mando, ni les mandarè nunca, imponiendoles obediencia, ni bajo de pecado: porque si conozco, que mis Palomitas, mis Madres, y Señoras no han menester, que se les imponga; como pudiera yo gravar mi conciencia? Con esto las empeñaba mas, en obedecer con puntualidad. Solo una cosa mando, profeguia, todo lo demàs lo digo, lo encargo, lo advierto, lo ruego, y lo pido, lo que si mando con toda mi alma, es que mis hijas de mi corazon comulguen. En esto se enardecia tanto, que les daba gusto el oírla. Quando alguna estaba apassionada, ò displicente, solo le decia, què tiene mi hija? Què es esto hija mia? U otras palabras dulces en sí, y por el modo cariñoso con que las decia. Assi que las veía serenas, entonces les daba sus

adver-

advertencias, y documentos, encargandoles mucho, que procuráran vencerle, y no se dexáran ir con la passion, y displicencia; pero esto sin perder un punto de su amable mansedumbre, con la qual mucho conseguia. En una de estas ocasiones le dixo à una Religiosa: mira hija, tienes el defectito, de que como eres niña, y viva, te violentas con facilidad; pon cuidado, y desde oy en adelante, aunque passen carretas sobre ti, yá no ay mas violencia. Como se lo dixo la Madre Priora, assi lo experimentò la Religiosa, ò fuesse por el empeño, con que tomò el consejo; ò porque se le alcanzò de Dios; ó por ambas razones, que de todos modos se vè la eficacia, que tenian sus palabras. Con toda su amabilidad no le faltaba espíritu para mortificar quando convenia. Dos, ò tres vezes facò à una Religiosa de Exercicios, á que era muy inclinada; para que fuera à hacer por otra el oficio de Enfermera. En otra ocasion estando tambien en Exercicios, la quitò de la Oracion; para que fuera à una reja. Tenia tambien cuidado de ponderarle sus descuidos, y defectillos. A las que eran menos temerosas les hablaba mas de la divina Justicia, de la cuenta, y de las penas del Purgatorio. Si advertia, que alguna se divertia en hacer florecitas, ò otras cosas curiosas, como al descuido le solia decir: ay cosas de mi hija; pues què vès en esto, que tanto te enagena? Si le preguntaban, què no està bueno Madre? Si, le respondia; pero como te vèo tan entregada. Ay Dios, y no ay mas. Si avia otras delante; para que escarmentáran, y no hicieran lo mismo, les decia: mi hija me hà pedido licencia para hacer estas curiosidades; pero yo me rio, de vèrla tan divertida. Dios, Dios, hijas, todo lo demàs solo quanto basta para evitar la ociosidad.

Como su estylo era tan amable à ninguna agraviaba, aunque la humillasse. Quando se le ofrecia el que

neces-

necessitasse alguna cosa curiosa, porque se la pedian; ò para regradar à los Bienhechores, el modo de mandarlo hacer à las Monjas era; hija mia, esto hèn menester, si tus ocupaciones te dieran algun tiempo, ò si tus quebrantos de salud te lo permitieran, me lo pudieras hacer. A las menos ocupadas les preguntaba, me podràs hacer esto? Si era cosa de mucho trabajo, lo sentia, y se mortificaba en pedirlo. Al entregarle lo que avia encargado era singular la humildad, y cariño, con que se lo agradecia; siendo assi, que todo era para bien de toda la Comunidad; y era assi; porque quanto le venia, ò le regalaban, ò era para el Convento; ò para su Reverencia, y luego decia, hé yà tengo aqui para mis hijas, y con ellas todo lo empleaba. No se atrevia à dar nada à algunos Parientes suyos, aun sabiendo su necesidad, y era necessario que las Religiosas mismas le hicieran muchas instancias, para que les diera alguna cosa; porque luego se le ponía, que no podia quitarselo à sus hijas. Ponía toda vigilancia en la guarda de la santa pobreza, zelando mucho el que nada se desperdiciara, sino que se aprovechasse todo. Conseguia con esto poder socorrer à los Pobres, que llegaban al torno à pedir limosna, desuerte, que ninguno se despedia, sin que en algun modo fuesse remediado. Salía sola con frecuencia à la Huerta, siempre que podia, y lo mismo era ver las flores, las yervas; ò levantar los ojos al Cielo, que prorrumpir en dos mil tiernos afectos, clamores, alabanzas, y exclamaciones al Amado. Como se divertia en esto, levantaba la voz, y muchas vezes en tono de canto. Quantas la oían se encendian, y afervorizaban. En los ultimos meses de su vida le daba voces à la muerte, y al Señor le decia mil ternuras, pidiendole se la llevàra, y que se acabàra yà el destierro. Repetia, mateme yà el amor, dulce vida mia acabame el amor!

amor! O amor no me seas cruel, acabame de matar! Y otras ansias semejantes, tanto, que al oirla un dia una Religiosa, temió, que no podia menos, que oirla nuestro Señor, y darle gusto en llevarfela. Con este temor se assomò à la ventana de su celda assustada, y affigida, y sin poderse contener le dixo: Madre es possible, no nos mate su Reverencia con pedir la muerte, basta yà de clamores, yà no diga V. R. mas muerte. Al punto la respondió: yà no digo nada: pero ay hija, que yà no puedo mas! No se affijan, que yà se acabò. Otras Religiosas le pedian, que no fuera à la Huerta; porque se calentaba mucho, y las apuraba à todas. No podia menos esta tan amante Esposa, sino citar à su querido Dueño, y Amado Esposo à las soledades del campo, à las amenidades floridas de la Huerta; para respirar libremente, y que desfogasse algun tanto la crecida llama del amor, que ardia dentro de su pecho.

CAPITULO XVII.

Espeiales llamaradas de amor que diò en sus ultimos años.

Delirio fuera querer contarle los rayos al Sol. Por los efectos solo, y por la experiencia, venimos en algun conocimiento de la multitud, y actividad de ellos, viendo, que ni la distancia, ni lo estendido del termino, ni la variedad de operaciones, à que concurre como causa universal, lo cansan, lo disminuyen, ni entorpecen: antes si parece, que lo agilitan, y dan nuevos brios; para que salga de todos con mayores lucimientos. Lo mismo nos sucede con el amor, que unicamente por

por algunas de sus llamaradas, nos explica quan grande fea el incendio, que oculta; y la abundancia del noble pabulo con que se alimenta. Algunas de estas llamaradas se dexaron ver à las claras en los ultimos años de la vida de la Madre Priora Maria Anna de San Ignacio, tan vorazes, que por ellas se puede inferir el Ethna de amor de Dios, que ardia en su amante alma. Andaba yà tan embriagada, como que estuviera introducida en la Bodega de tan Sagrado divino licor. Solia recostarse en la cama, por sentirse muy quebrantada de salud, pero con los ojos en blanco, sin hablar, ni contestar à nada de lo que hablaban las Religiosas, y si proferia alguna palabra, era muy distante de lo que decian; hasta que cerrando los ojos, daba muestras de que se dormia: con esto se iban faliendo las Monjas, y la dexaban sola, por parecerles, que reposaba recogida; y era assi que descansaba con su Amado Esposo. A otro dia le decia à una Confidente, que la visitaba, nada les percibia à noche à las Monjas; porque no estaba yo para nada de esta vida. Como que toda su conversacion la tenia en los Cielos. Subia alguna de las Oficinas à preguntarle alguna cosa, de lo que se avia de hacer; y la hallaba empleada en tiernos afectos, en fervorosos actos de alabanzas, y amor de Dios. Luego le fallia con la suya, preguntandole; hija, amas à Dios? Como le amas? O Madre, le respondia, oigame su Reverencia. Si, què es? y volvia, como amas à Dios? Solian decirle: no, no le amo como usted. Y les contestaba, si, es verdad, que amo à mi Dios, mi Criador, mi Señor, y todo mi bien. Lo amo con todo mi corazon, mi alma, y mis fuerzas. Pero ay? que no le amo como quiero, ni como debo. Amemos à Dios. Madre, decia la Religiosa, no me entretenga su Reverencia, que tengo que hacer. Pero no podia mas, ni parece sabia atender, ni hablar otra cosa.

Pro-

Profeguia hablando de su Dios; porque este le era todas las cosas. Se le inflamaba por instantes mas, y mas el corazon, brotaba llamas en las palabras, y se le encendia el rostro.

En el Refectorio era lo mismo, à el oir la leccion ponía las manos sobre la mesa, abiertos, y fixos los ojos, los labios entre abiertos, como asésando, y de esta manera se quedaba suspensa, sin comer, embebida toda en el Amado; porque en él, y en sus palabras, que oía; hallaba el sustento, y mejor guisadas viandas. Era necesario tirarle de la ropa, è instarle; para que tomara alguna cosa. En el Adviento del año de mil setecientos cincuenta, y cinco, inmediato antes de su dichosa muerte, hizo à la Comunidad las platicas de Adviento un Religioso, en que tratò con fervorosa viveza del amor divino, refiriendo à el fin de la primera un bello caso de la amante Magdalena. Esto fue dar soplos, y atizar la fragua de aquel corazon tan bien dispuesto, que le ocasionò un encendimiento tal, que temieron no rebentara en el Coro aquella mina de amor. Se lo apretaba estrechamente con ambas manos, que parecia contenerlo, para que no se le saliera del pecho. Mostraba una gran fatiga; se quejaba lenta, y mansamente; no podia yà mas, y queria dar voces, con la fuerza de las amorosas ansias procurò, como pudo sujetarse, y reprimirse, divirtiendole el incendio en que se abrafaba. Con todo hizo tal estrago en la naturaleza, que tuvo por bien su Director el mandarle, que no asistièra à las otras platicas. Obedeciò rendida, aunque le fue muy sensible el mandato. Mandòle mas, que no tuviera oracion, y que procurara divertir el pensamiento de los afectos de amor à Dios. A qui se apurò mucho, y preguntò afligida, como avia de ser esto? que no podia dexar de amar. Dixole el Confessor, que confiada en la

vir-

virtud de la Santa Obediencia, bien lo podia hacer. En semejantes aprietos se viò el Angelical Joben San Luis Gonzaga, quando le mandaron, que no pensasse en Dios. A la verdad de que sirve la vida, si se hà de conservar à tanta costa? De nada sirve, si no se puede emplear en esto. Este es el fin, para què fuimos criados, y el mejor caminar es, el que nos acerca mas à el termino. La Esposa Santa solotuvo corazon, y animo, para rogarle à su Esposo, que èl se ausentasse; pero de ningun modo lo pudo tener; para dexarlo ella. Diòle en fin licencia el Confessor solo para que rezasse el Rosario. Mas despues edificado, y movido de su humilde rendimiento, le permitió, que oyesse las demàs platicas en la tribuna. Acomodose en todo à lo que le avian mandado. Se puso en la tribuna un dia à rezar el Rosario, y tocando à las Ave Marias, comenzò à decir el *Angelus Domini*, y à el llegar à las siguientes palabras, *Et concepit de Spiritu Sancto*. Le flechò su amante Esposo una saeta de amor à el corazon, tan fuerte, y penetrante, que la que con tanto silencio, y disimulo avia experimentado otras muchas heridas, como se dirà en otra parte: en esta no pudo menos que prorumpir en altas voces, mostrando opresiones, y aprietos de muerte. Acudieron asustada las Religiosas, y preguntándole, que sentia? abrazandose el pecho, respondió, ay hijas? un dolor, que me atraviesa, y me impide el aliento. A el cabo de un rato se fofegò un poco, conque pudo disimular mejor, y con esto las Religiosas pudieron ir à seguir Comunidad. A otro dia visitandola una Confidente, con quien solia descubrirse, le comunicò lo que avia passado, como avia quedado muy lastimada, y la grande delicadeza, que sentia en el pecho, y en la espalda. No podia ser menos despues de una herida dada con tan superior impulso. Digalo Sta. Theresa como quedò en semejante lance. Su

el II y Su mas repetida Jaculatoria por este tiempo era la de David: quando llegará el dia, en que comparezca ante el Rostro de mi Señor? El Santo Abad Nilo si oyera estas ansias, què dixera? Pues este comparecer era una de las tres cosas, que mas temia, y le atemorizaba. San Gregorio diria, y bien ser esta alma muy amante; quando con tanta presteza desheaba, que se le abriessè la puerta, para ver à su Señor. En una ocasion le arrimò una Religiosa la cabeza à el pecho, y exclamò, ay Madre, què golpes tan grandes son estos del corazon? Respondiòle, hija està como el de David, ansiando por verse con su Dueño. Pero, què maravilla es esta, quando mucho años antes la visitò una Religiosa, y la Madre Maria Anna, que no sabia perder tiempo, la preguntó con instancia à què virtud se inclinaba mas? No queria responderle à la pregunta. Mas obligada huvo de decir: yo no entiendo de nada bueno; pero la santissima charidad me roba el alma. A el oír esta sola palabra, se encendiò tanto la Madre Maria Anna, que prorumpiò en mil alabanzas à Dios, repitiendo Dios mio, Dios mio, mil alabanzas te doy. Ay hija de mi alma, de mi corazon, y de mi vida, què es esto? Se ponía en pie, abría los brazos, batía las manos, y le decia, muchos à la obra. Le daba abrazos, se la arrimaba à el pecho, le besaba las manos, le echaba muchas bendiciones haciendole cruces, la cogía entre los brazos, y la levantaba en peso, aun siendo corpulenta, sin que pudiera resistir, viendola, que le parecia despedía fuego por los ojos, y rostro, y que le decia: hija de mi alma, mas, y mas seas bendita de Dios. Con estos excessos de amor le daba muchos consejos sobre el modo, como avia de exercitar esta santa virtud. La encargaba sobre todo, que el mayor de sus cuidados avia de ser la salvacion de las Almas. Mira, le decia, que esta es obligacion de las Esposas;

fas; porque las almas son la hacienda del Espofo, y fi la Espofa, es la que debe fer, hà de cuidarle con los mayores efmeros, y cuidadosas vigilancias fu hacienda. Affi profiguiò gran rato hablandole de la charidad, hafta que falieron para affistir à un acto de Comunidad. La Religiofa entonces reparò, que la Madre iba tan fuera de fi, y tan ligera, que le pareciò, que no andaba, fino que volaba. Alababa mucho à el Señor, y sentia en fi efpecialiffimo regocijo aquella Religiofa, fiempre que despues se acordaba, de quanto le avia oïdo, y de averla vifto en aquel exceffo de amor. Como Salamandra era fu vivir efte fuego, de quanto veia, ù oia; de quanto hablaba, y pensaba; de todo sacaba centellas de amor. Era efte entanto grado, que una Religiofa antigua le dixo con agraciadallaneza: Si Maria Anna tù toda, toda tu vida amando, y gozando, engolfada en el amor, amor, y mas amor. La refpuefta fue confundirfe, y decir: foy un pobrecito gusanillo; pero Madre, por què no hemos de amar à Dios? què dificultad tiene? No fe lo debemos por tantos titulos, y beneficios? Porque fomos fus Criaturas; y Efclavas? Y fobre todo por fer quien es? Pues dinos, quièn es? Le preguntaban, dadnos las feñas, que tiene. Derretida en efte fe hacia lenguas, pero de fuego, pitando, y dando las feñas, como las daba la Espofa Santa, para que le dieran noticia de fu Amado: Pero la Madre Maria Anna, para que todas se entregaffen à fu amor. Con efte balfamo preservò fu alma del tofigo mortal de la culpa; vigorizó fu Espiritu para emprender cosas grandes, y tolerar enfermedades, tormentos, y perfecuciones; porque nada ay dificil à el que ama. Agilitò todas sus potencias para el continuo fervoroso exercicio de las virtudes. Ungiò fu corazon, para que exalaffe el buen olor de la Santidad, con que atrajo à muchos, confortò à otros, y

à todos aprovechò.

CA.

CAPITULO XVIII.

De fu ultima Enfermedad.

IMita la gracia los passos de la naturaleza; y fi efte vâ por instantes conduciendo à la perfeccion sus efectos; para que bien fazonado el fruto, lo corte, y coja con gufto, gozandose del buen logro; la mano de fu dueño. No de otra fuerte la gracia vâ adelantando sus obras, refinandolas, y puliendolas con tal primor, que complaciendose en ellas el Autor, no puede menos que apropiarselas, colocandolas à fu vista; para que configan fu mejor empleo. Avia yâ como ocho años, que se le representaba à la Madre Maria Anna una mañanita clara, y hermosa, y con apacibilidad frezca. Mostraba grande gozo, quando les contabâ à dos de sus hijas efte ofrecimiento. Pero ellas recibian mucha pena; porque luego se les proponia con viveza, que fi feria aquello, que se le llegaba yâ fu muette, y les daba à entender, que se le acercaba la mañana frezca de fu Bienaventuranza eterna. Crecian efteos temores con la experiencia de lo crecido, puro, y continuo de la llama de fu amor; porque quanto mas aguda, y subida estâ la fiebre; mas cierto es el indicio de la cercania de la muerte. Cada dia se le iban agravando sus males, y mucho mas desde mediado el año de 1754. en que comenzaron à instarle las Religiofas, que se cuidara, y pusiera en cura. Lo varonil de fu espiritu, lo crecido de las ansias, que tenia de padecer, y los bien fundados temores de los Medicos, que no se atrevian à removerla: no dieron lugar, à que se le aplicaran, fino rariffimas medicinas. Passaba muy malas noches, y en algunas diò varios sustos à la Comunidad. Con

R 2

todo